

Decía mil maravillas de la abadía de Fontevrault, que era como una ciudad, y que había calles en el monasterio.

Hablaba con su acento picardo, que divertía mucho á las colegialas. Todos los años renovaba solemnemente sus votos, y, en el instante de hacer su juramento, decía al sacerdote: Monseñor san Francisco se lo confió á monseñor san Julian, monseñor san Julian se lo confió á monseñor san Eusebio, monseñor san Eusebio se lo confió á monseñor san Procopio, etc., etc.; así, yo se lo confío á usted, padre. — Y las colegialas se reían, no bajo la capa sino bajo el velo; graciosas risitas ahogadas que hacían fruncir el entrecejo á las madres vocales.

En otra ocasión, la centenaria refería sus historias. Decía que, *en su juventud, los bernardinós no cedían en nada á los mosqueteros*. Era un siglo quien hablaba, pero era el siglo diez y ocho. Describía la costumbre champañesa y borgoñona de los cuatro vinos ántes de la revolución. Cuando un gran personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque, un par, pasaba por una ciudad de la Borgoña ó de la Champaña, la municipalidad salía á recibirle y á arengarle, y le presentaba cuatro tazas de plata en cada una de las cuales habían echado diferente vino. En el primer cubilete se leía esta inscripción: *vino de mono*, en el segundo: *vino de león*, en el tercero: *vino de carnero*, y en el cuarto: *vino de marrano*. Estas cuatro leyendas expresaban los cuatro grados que desciende el borracho: la primera embriaguez, la que alegra, la segunda, la que irrita; la tercera, la que atonta; la cuarta, en fin, la que embrutece.

Encerraba ella bajo llave en un armario cierto objeto misterioso por el cual mostraba el mayor interés. La regla de Fontevrault no se lo prohibía. Á nadie quería ella nunca enseñar aquel objeto. Acostumbraba á encerrarse, lo cual la era permitido por su regla, y así escondida, es co-

mo se ponía ella á contemplar á solas aquella maravilla, cada vez que la memoria excitaba en ella el deseo de contemplarla. Si por casualidad oía pasos en el corredor, volvía á cerrar su armario tan precipitadamente como era posible hacerlo á sus viejísimas manos. Cuando la hablaban de esto, ella que tanto gustaba de hablar, guardaba sin embargo el mayor silencio. A. te este silencio fracasaron las más curiosas, y las más tenaces se estrellaron contra su ruda obstinación. Así que, era aquello materia de comentarios para todas las personas que se hallasen desocupadas ó aburridas en el convento. ¿Qué podría ser, pues, aquella cosa tan preciosa y tan secreta que constituía el tesoro de la centenaria? ¿Sin duda algún libro? ¿algún rosario especial, único en su clase? ¿alguna reliquia probada? Todo el mundo se perdía en conjeturas. Á la muerte de la pobre vieja, corrieron al armario, tal vez con más presteza de lo que habría sido conveniente, y le abrieron; encontrando en seguida el objeto misterioso envuelto en tres paños de hilo blanco, como una patena bendita. Era un plato de Faenza representando unos amores que volaban perseguidos por varios mancebos de botica armados de enormes jeringas. Unos y otros, perseguidores y perseguidos, abundan en gestos y en posturas cómicas. Uno de los lindos amorcillos se hallaba ya enteramente ensartado. Resiste y se defiende como puede, agitando sus alas y probando á volar aún, pero el diabólico aprendiz de boticario reía con una risa satánica. Moralidad: el amor vencido por el cólico. Aquel plato, que sin duda era bastante curioso, y tal vez tuvo el honor de dar una idea á Molière, existía aún en Setiembre de 1845; nallábase de venta en una tienda de bric-á-brac del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena anciana no quería recibir nunca ninguna visita de fuera, á causa, decía ella *de que el locutorio es demasiado triste*.

que, entre las buenas gentes del siglo diez y ocho, tenía la fama de ser *el padre de todos los castaños del reino*.

Este convento del Temple, según hemos dicho ya, se hallaba ocupado por benedictinas de la Adoración Perpetua, benedictinas muy distintas de las que pertenecían á la Orden cisterciense. Esta otra Orden de la Adoración Perpetua no es muy antigua, remontándose apenas á unos doscientos años. En 1649, fué dos veces profanado el Santísimo Sacramento, en el breve espacio de algunos días, en dos iglesias de París, en San Sulpicio y en San Juan en Grève, sacrilegio espantoso y raro, que llenó de turbación á toda la ciudad. El señor prior-gran-vicario de San-Germain de los Prados ordenó una solemne procesion de todo su clero, oficiando el nuncio del papa. Pero la expiacion no pareció suficiente á dos piadosas señoras, madama Courtin, marquesa de Boues, y la condesa de Châteauevieux. Este ultraje hecho al « augustísimo sacramento del altar, » aunque pasajero, no salía de aquellas dos santas almas, y las pareció que no podía ser reparado sino por una « Adoración Perpetua » en algun monasterio de siervas del Señor. Ambas señoras, la una en 1652, y la otra en 1653, hicieron donacion de sumas notables á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar, con tan piadoso objeto, un monasterio de la Orden de San-Benito; el primer permiso para esta fundacion fué dado á la madre Catalina de Bar por M. de Metz, abad de San German, « con la carga de que ninguna jóven podría ser » recibida, sin traer una pension de trescientas libras, ó » sea, un capital de seis mil libras. » Despues del abad de San German, el rey concedió letras-patentes, siendo todo, carta abacial y cédulas reales, ratificado en 1654, en el tribunal mayor de cuentas y en el parlamento.

Tal es el origen y la consagracion legal del establecimiento de las benedictinas de la Adoración Perpetua del

## X

## ORIGEN DE LA ADORACION PERPÉTUA

Por lo demas, aquel locutorio, casi sepulcral, del cual hemos procurado dar una ligera idea, es un hecho enteramente local, que no se reproduce con la misma severidad en otros conventos. Particularmente en el de la calle del Temple, que, á la verdad, era de otra orden, los tabloncillos negros estaban reemplazados por cortinas color de café, y la pieza del locutorio era una sala entarimada cuyas ventanas estaban adornadas con jarrones de muselina blanca y cuyas paredes admitian toda especie de cuadros, el retrato de una benedictina con el rostro descubierto, ramos de flores pintados y hasta una cabeza de Turco.

En el jardín del convento de la calle del Temple es donde se hallaba aquel célebre castaño de Indias que pasaba por el más corpulento y el más hermoso de Francia, y

Santísimo Sacramento en París. Su primer convento fué edificado de nueva planta, en la calle Cassette, con el dñer de las señoras de Boucs y de Châteaueux.

Segun se ve, esta Órden no se confundía con las benedictinas llamadas de Citeaux (las cistercienses). Dependía del abad de San German de los Prados, á la manera que las damas del Sacré-Cœur (Sagrado Corazon) dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de Caridad del general de los lazaristas.

Tambien era enteramente distinta de las bernardinas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de mostrar. En 1627, el papa Alejandro VII autorizó, por un breve especial, á las bernardinas del Petit-Picpus para que practicasen la Adoracion Perptéua como las benedictinas del Santísimo Sacramento. Mas no por eso dejaban de ser distintas estas dos Órdenes.

## XI

### FIN DEL PETIT-PICPUS

Desde principios de la Restauracion, el convento del Petit-Picpus caminaba ya hácia su ruina, participando á su vez de la muerte general de la Órden, la cual, despues del siglo diez y ocho, va desapareciendo como todas las órdenes religiosas. La contemplacion, lo mismo que la oracion, son necesidades de la humanidad; pero como todo cuanto ha tocado la Revolucion, se transformará, haciéndose favorable, en vez de hostil al progreso social.

La casa del Petit-Picpus se iba despoblando á toda prisa. En 1840, el Convento Chico habia desaparecido, y tambien el Colegio. Ya no habia ni las monjas ancianas ni las alumnas jovencitas; unas se habian muerto, las otras se habian marchado. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion Perpétua es tan extremadamente rigida, que causa un verdadero terror; las vocacio-

nes retroceden, la Orden no se puede ya reclutar. En 1845, todavía se obtenían acá y acullá algunas hermanas conversas; pero religiosas de coro, ninguna. Hace cuarenta años, había cerca de cien religiosas: hace quince años, ya no eran sino veintiocho. ¿Cuántas hay hoy? En 1847, la priora era jóven, señal evidente de que el círculo de elegibles era muy reducido. No llegaba á los cuarenta años. En la proporción en que disminuye el número, aumenta la fátiga; el servicio de cada una se hace más penoso; desde entónces veíase ya acercarse el momento en que no quedarían sino una docena de espaldas encorvadas y doloridas para soportar la pesada regla de San Benito. La carga es terrible, y la misma para pocas que para muchas religiosas. Pesaba, pues, y las aniquilaba. Así solían morir á menudo. En el tiempo en que el autor de este libro habitaba aún en París, fallecieron dos, una de veinticinco años y la otra de veintitres. Esta puede decir como Julia Alpina: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres*. Por causa de esta decadencia, se vió precisado el convento á renunciar á la educacion de las jóvenes.

No hemos podido pasar ante esta casa extraordinaria, desconocida, oscura, sin entrar en ella, y sin hacer entrar á los espíritus que nos acompañan y que nos oyen referir, al vez para utilidad de algunos de ellos, la melancólica historia de Juan Valjean. Hemos penetrado en esa comunidad enteramente llena de aquellas prácticas antiguas que hoy parecen tan nuevas. Es el jardín cerrado. *Hortus conclusus*. Hemos hablado detalladamente, pero con respeto, de esa singular mansion, á lo ménos, tanto cuanto es posible conciliar el respeto y los detalles. No todo comprendemos, pero nada insultamos. Estamos á igual distancia del hosanna de José de Maistre que concluye por santificar al verdugo y de la fisga de Voltaire que va hasta á ridiculizar el crucifijo.

logicismo de Voltaire, sea dicho de paso; pues Voltaire hubiese defendido á Jesus como defendía á Calas; y, aún á los ojos de aquellos mismos que niegan las encarnaciones sobrehumanas, ¿qué representa el crucifijo? El sabio, el justo asesinado.

En el siglo diez y nueve, la idea religiosa sufre una crisis. Se desaprenden ciertas cosas, y se hace bien, con tal que, al desaprender aquello, se aprenda esto. Nada de vacío en el corazón humano. Hácense ciertas demoliciones, y es bueno que se hagan, pero con la condicion de que á ellas se sigan nuevas reconstrucciones.

Entre tanto, estudiemos las cosas que ya no existen. Es necesario conocerlas, aunque no sea más que para evitarlas. Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres, y ufanas se llaman el porvenir. Esta alma en pena, este aparecido, este espectro que se llama el pasado, es propenso á falsificar su pasaporte. Tratemos, pues, de conocer bien la trampa. Desconfiemos. El pasado tiene un rostro, la supersticion, y una máscara, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

Por lo que hace á los conventos, ofrecen una cuestion compleja. Cuestion de civilizacion, que los condena; cuestion de libertad, que los protege.